



Estudios Políticos

ISSN: 0121-5167

revistaepoliticos@gmail.com

Instituto de Estudios Políticos

Colombia

Arenas Gómez, Juan Carlos; Ospina Echeverri, Marta Cecilia
Retóricas sobre el fraccionamiento del Partido Liberal en Medellín: 1958-1986
Estudios Políticos, núm. 29, julio-diciembre, 2006, pp. 122-152
Instituto de Estudios Políticos
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=16429057006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



“Cabeza femenina”
Acuarela sobre papel (15 x 10 cm)
2006

Retóricas sobre el fraccionamiento del Partido Liberal en Medellín: 1958-1986

Fractionation's Rhetorics of the Liberal Party in Medellín: 1958-1986

Sumario: Introducción: salida, voz e intereses en la lucha partidista. 1. Reglas del juego y competencia interna en el Partido Liberal. 2. Listas, puestos y facciones. 3. Retóricas en torno al desempeño electoral. 4. Conclusiones: fraccionamiento, deterioro y persistencia del liberalismo.

Resumen: Este artículo pretende poner en evidencia los motivos y analizar las razones esgrimidas por los miembros de los partidos cuando protagonizan un proceso de fragmentación. Aborda las retóricas o conjunto de argumentos utilizados, de manera individual o colectiva, por los miembros del partido liberal en Medellín para justificar los procesos de fragmentación y su desmonte durante el Frente Nacional. El examen se estructura a partir del vínculo entre dichas retóricas y las problemáticas que afrontan las organizaciones partidistas y los individuos que actúan dentro de ellas para mantenerse vigentes: en primer lugar, la aplicación de reglas del juego impuestas tanto por el sistema político como por las autoridades del partido; en segundo lugar, las tensiones surgidas tanto alrededor de la selección de candidatos a cargos públicos como del reparto burocrático; en tercer lugar, las elecciones y los resultados que los partidos obtienen en ellas.

Palabras clave: Partido liberal-Medellín; Frente Nacional; Retóricas; Partidos políticos; Fraccionamiento.

Abstract: This paper tries to bear witness the motives and examine the reasons used by the political party members when a fragmentation process is performed. The article deals with the rhetorics used individually or collectively by the members of the Liberal Party in Medellín to justify the fragmentation process and its disassembling during the 'Frente Nacional'. The analysis is based on the bond between such rhetorics and the problems faced by partisan organizations and acting persons within them to remains in effect. First of all, the game rules imposed both by the political system and the party authorities. Second, the tension around the selection of candidates to public positions as to the bureaucratic deal. Third, the elections and the outcome achieved by the parties.

Key Words: Liberal Party – Medellín; Frente Nacional; Rhetorics; Political Parties; Fractionation.

Artículo recibido: noviembre de 2006. **Aprobado:** diciembre de 2006

Juan Carlos Arenas Gómez: Sociólogo. Magíster en Ciencia Política. Profesor e investigador del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia.

Correo electrónico: juan.arenas@udea.edu.co

Marta Cecilia Ospina Echeverri: Historiadora. Magíster en Ciencia Política. Profesora del Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia.

Correo electrónico: corrta@une.net.co

Retóricas sobre el fraccionamiento del Partido Liberal en Medellín: 1958-1986*

Juan Carlos Arenas Gómez
Marta Cecilia Ospina Echeverri

Lo primero sería bajar el tono de nuestras voces. Estamos atacados por la fiebre de las palabras; hay una retórica presuntuosa que promete más de lo que puede hacer; que aviva la chispa del descontento hasta convertirla en llama de odio; que irrita en lugar de persuadir. No podremos entendernos hasta que dejemos de gritar, hasta que hablemos en tono reposado, para que pueda oírse nuestra voz y puedan entenderse nuestras palabras.

Gabriel Fernández Jaramillo¹

Introducción: salida, voz e intereses en la lucha partidista

Este artículo centra su atención en las retóricas generadas en torno a los procesos de fragmentación del Partido Liberal en Medellín durante el Frente Nacional y su desmonte. Nos interesa reconocer cómo la aplicación de una serie de reglas condiciona las estrategias de los actores políticos y sirve como marco general para las disputas al interior de las organizaciones partidistas. Cuando abordamos el tema de las retóricas, entendemos por éstas el conjunto de argumentos que utilizan los miembros de las organizaciones partidistas, de manera individual o colectiva, para

* Este artículo es un resultado del proyecto de investigación *Dinámica organizativa del Partido Liberal en Medellín, 1958-1999*, realizado por el grupo de investigación Estudios Políticos, del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, y financiado por Colciencias y el CODI.

1 Palabras dirigidas al Directorio Liberal de Antioquia. Archivo de la Dirección Nacional Liberal.

justificar sus intenciones de permanecer o retirarse de una determinada fracción. Estas retóricas acompañan las disputas que tienen como desenlace la adhesión a otra fracción o la fundación de una propia. De esta manera, al examinar estos argumentos pretendemos poner en evidencia los motivos y analizar las razones esgrimidas por los miembros de los partidos cuando protagonizan un proceso de fragmentación.

El examen de estas retóricas tiene muchas aristas, no obstante y según los propósitos de este artículo, será ordenado conforme al vínculo que se pueda establecer entre dichas retóricas y una serie de problemáticas que deben afrontar las organizaciones partidistas y los individuos que actúan dentro de ellas para mantenerse vigentes. Enunciadas de manera esquemática, las problemáticas a las que haremos referencia son las siguientes:

Primero, la aplicación de reglas del juego impuestas tanto por el sistema político como por las autoridades del partido. La vida partidista está relacionada con la existencia de una serie de dispositivos normativos y resulta común la tendencia a rutinizar² su aplicación. Sin embargo, ello no debe hacer olvidar que, por un lado, las reglas requieren interpretación; por otro, que quien tiene *esa facultad* dispone de un recurso de poder muy significativo dentro de las organizaciones,³ y por otro lado más, que dicha facultad no es necesariamente un atributo definitivo de un individuo o de un grupo dentro de la organización, y por tanto es objeto de competencias, pugnas y reasignaciones.⁴

Segundo, las tensiones alrededor tanto de la selección de candidatos a cargos públicos, como del reparto burocrático.⁵ Con ello se alude fundamentalmente a las

2 Con esto se alude a la dimensión de rutinización propia de los procesos de institucionalización partidista: los partidos cuentan con dispositivos normativos para trazar planes de acción y procuran construir el consenso necesario para su desarrollo. Véase: Javier Duque Daza. "La institucionalización partidista. Una propuesta de abordaje de las estructuras organizativas partidistas". *Estudios Políticos*, 27, Medellín, Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, pp. 107, 120, 121.

3 Angelo Panebianco. *Modelos de Partido. Organización y poder en los partidos políticos*. Madrid, Alianza, 1990, p. 86.

4 No sobra advertir, adicionalmente, que quienes interpretan las normas pueden tolerar, en algunas ocasiones, posibles desviaciones de la norma. Esa tolerancia en la vida partidista reviste a veces el cariz de un juego estratégico, es decir, se la admite no sólo por desidia sino también por anuencia.

5 "[...] un partido debe dar a sus votantes la satisfacción de encontrarse en el lado victorioso, y a sus miembros activos los beneficios más tangibles de una dotación más abundante de empleo partidista, y con el tiempo, de puestos públicos". Albert O. Hirschman. *De la economía a la política y más allá*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 290.

disputas que se dan frente a la distribución de incentivos selectivos (materiales y de estatus) entre aquellos militantes más activos de la organización,⁶ que ven en la vida partidista una fuente importante de estatus y recursos.

Tercero, las elecciones y los resultados que los partidos obtienen en esas disputas. Muchos de quienes intentan dar una definición de partido, aluden a las elecciones como criterio básico para distinguirlo de otros fenómenos políticos.⁷ Nos interesa, sobre todo, lo siguiente: en la vida partidista tanto los individuos como las fracciones encuentran en las elecciones un motivo central de disputas.⁸ Tales disputas se agudizan mucho más cuando un actor reclama reconocimiento a partir de su capacidad para conseguir votos, pero también cuando se hacen evaluaciones con el objeto de distribuir responsabilidades y beneficios con base en los desempeños electorales. No es suficiente tomar a los partidos como maximizadores de votos,⁹ sino que se quiere evidenciar la relación entre el manejo de este recurso y las pretensiones de reconocimiento de los distintos actores partidistas.

Este esquema vincula la vida partidista y sus retóricas con la aplicación de reglas, la distribución de incentivos selectivos y la obtención y valoración de resultados electorales. Estos asuntos constituyen la piedra de toque para un número muy importante de conflictos al interior de las organizaciones políticas. Alrededor de su manejo se generan múltiples tensiones que a veces se concretan en rompimientos (algunos miembros toman la decisión de salirse) o en declaraciones airadas (algunos agentes partidistas formulan sus reclamos por un tratamiento que consideran injusto), e incluso en una combinación estratégica de ambos. En otras palabras, alrededor de la aplicación de las reglas, de los repartos de incentivos selectivos y de la planeación y evaluación de los desempeños electorales se originan los argumentos más comunes

6 Angelo Panebianco. *Op. cit.*, p. 68. Además, este autor nombra como “arribistas” a este tipo de militantes. Véase: *Ibid.*, p. 72.

7 Aquí caben, con sus matices, tanto la definición radical de Anthony Downs (“Teoría económica de la acción política en una democracia”. En: *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona, Ariel, 1992, p. 96), como la definición mínima de Giovanni Sartori (*Partidos y sistema de partidos*. Madrid, Alianza, 1992, p. 89).

8 Esto no debe hacer olvidar que las elecciones son también el eje alrededor del cual se propicia gran parte de la cooperación en la vida de partido, pero lo que se quiere resaltar es que, como proceso, las elecciones se estructuran alrededor de un recurso—el voto del ciudadano— que estimula la competencia tanto entre partidos como entre individuos dentro de una misma organización por su dominio.

9 Sobre todo por la existencia de actores que reconocen su calidad de minoría electoral, pero no se inhabilitan para reclamar su estatus y reconocimiento dentro de la organización.

para salir o quedarse dentro de una organización partidista. Con esto se pueden identificar una serie de claves para comprender *la lógica del fraccionamiento de los partidos políticos*, examinando detenidamente el uso de las *estrategias de salida y voz* por parte de sus miembros.

Esta forma de nombrar las retóricas alrededor de las estrategias de salida y voz es retomada de la propuesta analítica de Albert O. Hirschman.¹⁰ Con fundamento en ella, se entienden la salida y la voz como dos opciones que tienen los miembros de una organización económica o política cuando perciben procesos de deterioro organizativo;¹¹ por tanto, son pensadas como medios para reconducir el rumbo de las mismas. Es decir, quien se sale o quien levanta una voz de protesta frente a un mal servicio lo hace para inducir un proceso de mejora de la situación. Ahora, nos corresponde aclarar en nuestro caso qué entendemos por deterioro y precisar algunos sentidos del uso de las categorías de salida y voz.

Con respecto al primer asunto, se advertirá con mucha razón que es difícil reconocer un momento en la vida partidista en el que la organización esté exenta de críticas acerca de su deterioro. En el caso del Partido Liberal, ese momento es casi mitológico: aludiría más bien a la remembranza que algunos militantes hacen del “glorioso” Partido Liberal. Pero si se examinan con atención los referentes que constituyen dicha gloria y los hitos con que se cuenta su historia, se descubrirá que están marcados por importantes tensiones al interior de la organización. En esas remembranzas suelen juntarse, por ejemplo, los nombres de Rafael Uribe Uribe y Jorge Eliécer Gaitán, a la vez que se mencionan a Benjamín Herrera, Alfonso López Pumarejo y Gabriel Turbay, obviando, como es usual en la construcción de mitologías, las importantes diferencias políticas e ideológicas que se daban entre esos personajes.¹²

Lo anterior evidencia la importancia de examinar las retóricas que se dan al interior de una organización, sobre la base de que su deterioro o sus buenas

10 Albert O. Hirschman. *Salida, voz y lealtad*. México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

11 *Ibíd.*, pp. 13, 14.

12 Por ejemplo, en una constancia dejada por un grupo de políticos liberales en contra de la coalición “ospino-lleristas” se remite a una especie de “ética” unificada que borra las diferencias entre personajes de muy diversa concepción política, apelando a un momento en el que las cosas se hacían como “se debe”: “[...] los concejales liberales anapistas que firman esta constancia, señalan como violatoria de la tradición del partido liberal que sustentara la ética de Rafael Uribe Uribe, Benjamín Herrera, Alfonso López y Jorge Eliécer Gaitán, el ejercicio de la mentira como arma política vedada para gentes que tienen el deber de poseer una estricta honradez mental”. Archivo Histórico de Medellín (A.H.M.), Concejo, Acta No. 23. Medellín, enero 27 de 1967.

condiciones organizacionales no constituyen hechos absolutos, sino más bien *percepciones* que resaltan la competencia entre los miembros de la organización, quienes pugnan por el dominio de los recursos y beneficios que de su utilización se derivan. De este modo, *la percepción del deterioro constituye un elemento con el cual se narra la vida de la organización, arraigado de manera distinta entre quienes disponen de recursos y poder dentro del partido, y entre quienes se ven menos favorecidos por estos*. Para los primeros, el deterioro se evidencia en las acciones de quienes les disputan la dirección y el control de los recursos, mientras que para los segundos el síntoma de que las cosas no van bien es la exclusión de que son objeto frente a la distribución de beneficios que reporta la organización. Este tipo de juicios con los que se evalúa la situación por la que atraviesa una organización están vinculados con el manejo de “aquellos factores cuyo control permite a ciertos actores desequilibrar en su favor los juegos de poder”.¹³ Aquí nos interesa lo que estas tensiones hacen decir a los actores partidistas, declaraciones que tomaremos como pistas para comprender la lógica del fraccionamiento.

Si, como creía Eldersveld,¹⁴ un partido es un sistema político en miniatura, las dinámicas de fraccionamiento expresan las dificultades para que al interior de la organización partidista opere adecuadamente la estructura de autoridad, funcione el proceso de selección de representantes, se apliquen los mecanismos de elección y reclutamiento de dirigentes y puedan, en fin, trazarse objetivos y resolver conflictos internos dentro del sistema. En tal sentido, el fraccionamiento expresa las divergencias que se dan al interior del partido y evidencia la insatisfacción por las decisiones tomadas dentro de la organización; insatisfacción manifestada a través de reclamos explícitos y con la progresiva migración de los miembros del partido. Los reclamos y salidas constituyen una respuesta al deterioro de la organización, percibido subjetivamente, y representan una posibilidad bien de rompimiento, por el incremento progresivo de las protestas; bien de desintegración, por la migración de todos sus miembros.¹⁵

Ahora bien, conviene distinguir el uso que de las estrategias de salida y voz hacen votantes, militantes y dirigentes del partido. Las indicaciones de Hirschman apenas insinúan la importancia de esta distinción, pero recogen elementos que vale la pena desarrollar con más detalle.¹⁶ En primer lugar, Hirschman sugiere el vínculo entre la

13 Angelo Panebianco. *Op. cit.*, p. 83.

14 Citado por: Giovanni Sartori. *Op. cit.*, p. 95

15 Albert O. Hirschman. *De la economía a la política y más allá*. *Op. cit.*, p. 283.

16 *Ibid.*, p. 289.

posición del actor y la estrategia que usa para expresar su molestia, con lo que se insinúa que los frutos que rinde el uso de una estrategia dependen de este vínculo; en segundo lugar, señala una tendencia que vincula la dimensión votante-militante-dirigente con la propensión a privilegiar la voz por encima de la salida; en tercer lugar, introduce un matiz en el que relaciona la propensión a usar una u otra estrategia con el tipo de partido, y sostiene que es más alto el uso de la voz en los partidos cuyos militantes constituyen una porción apreciable de los votos que puede esperar la organización, en contraste con los partidos “electorales”, en los que puede ser más frecuente el uso de la salida. La reacción ante la aplicación de reglas de juego, el reparto de incentivos y el desempeño en las elecciones tiene relación con si se es votante, militante o dirigente. Por eso y, de manera complementaria, sugerimos las tres siguientes distinciones:

En primer lugar, el uso de la salida y la voz, o su combinación, en el caso del votante, deriva su importancia en función de la magnitud. Estas acciones tienen peso sólo cuando el pronunciamiento o la migración se dan en un número significativo para la organización. Por eso es común que los votantes opten de manera más recurrente por la salida, sin uso de la voz.

En segundo lugar, en el caso del militante, el impacto que puede tener el uso de estas estrategias está dado por el peso de las actividades que desarrolle al interior de la organización y por el relativo control que tenga de zonas claves de actuación del partido en su relación con el medio ambiente. En su condición de enlace entre votantes y dirigentes, las protestas del militante o su amenaza de salida pueden resultar significativas en tanto él represente importantes franjas de apoyo a la organización o desarrolle actividades cruciales para la vida partidista.

En tercer lugar, el uso que el dirigente hace de las estrategias de salida y voz puede tener efectos tanto en los votantes como en los militantes, y el alcance de sus acciones dependerá de la amplitud de estos efectos en los distintos niveles de la organización. En este caso, las acciones revisten importancia por la preponderancia del dirigente y debido a su capacidad para producir una secesión que debilite severamente a la organización. Resulta común que los dirigentes utilicen la voz antes de optar por la salida, incluso como propaganda política para su posición y sus intereses.

Hemos supuesto, con base en Hirschman, que aquellas amenazas de salirse de la organización y los ejercicios de voz que la acompañan, hablan de los “intereses” que un sujeto tiene y manifiesta. El vínculo se establece entre voz, salida e intereses, y cuando se tocan los intereses de un individuo o del grupo que lo acompaña emergen los motivos que hacen visible el tema del deterioro. Sus expresiones pueden, a veces,

asumir un tono marcadamente ideológico, pero también aparecen como un regateo en el que se evidencian intereses personales de muy corto plazo.

El marco general de interpretación del problema supone la importancia de una mirada a la manera en que los actores se adaptan o ajustan las normas que les impone el sistema, resuelven la disputa por los recursos burocráticos y afrontan los retos de la competencia electoral. De este modo, la paridad y la alternancia durante el Frente Nacional (FN), la representación proporcional durante el desmonte y la apertura a la competencia con más actores, así como las múltiples disputas protagonizadas por los líderes de las fracciones en escenarios como las convenciones del partido, la relación con la administración departamental y municipal, y las elecciones constituyen referentes para un análisis de los argumentos que va más allá de la “constatación” de que el Partido Liberal tiene una larga historia de divisiones.

1. Reglas del juego y competencia interna en el Partido Liberal

Como se sabe, el FN se estructuró a partir de una serie de pactos entre liberales y conservadores para formar un gobierno de coalición.¹⁷ Acordaron alternarse en la presidencia,¹⁸ distribuir por mitades los cargos en las corporaciones públicas y lograr una composición del ejecutivo que expresara el equilibrio entre *rojos* y *azules*. Todo ello se concretó a partir del Plebiscito de 1957,¹⁹ y su cumplimiento, se adujo, era necesario para restaurar el orden constitucional roto por la dictadura de Rojas Pinilla y preservar la paz entre los partidos, respetando sus intereses y derechos, garantizando la justicia y el desarrollo económico.

Uno de los argumentos más fuertes a favor del acuerdo era que éste permitía crear un clima político adecuado para excluir la confrontación armada entre los partidos Liberal y Conservador:²⁰

En ese nuevo clima [...] se debía llegar como resultado a establecer gobiernos en los que no se instaurara para un partido la opresión y para otro un desmedido

17 Jonathan Hartlyn. *La política del régimen de coalición. La experiencia del Frente Nacional en Colombia*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993.

18 Andrés Dávila Ladrón de Guevara. *Democracia Pactada. El Frente Nacional y el proceso constituyente del 91*. Bogotá, Universidad de los Andes, CESO, Departamento de Ciencia Política, Alfaomega Colombiana, 2002, p. 212.

19 *Ibíd.*, p. 211. Véase también: Mario Latorre. *Hechos y crítica política*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1986, p. 37.

20 *El Correo*. Medellín, noviembre 28 de 1957, p. 6.

usufructo de ventajas, que no fuera para uno el desastre de la derrota y para el otro el ilimitado goce de todo el poder, que no se constituyeran gobiernos de monopolio y exclusivismo.²¹

Con esa idea se sostenía que darle continuidad al pacto y hacer eficaces sus disposiciones acerca de la distribución del poder político y burocrático, cancelaría toda posibilidad de una nueva violencia bipartidista.

Su puesta en curso y la extensión de algunos de los acuerdos más allá de lo pactado, hablan del asentimiento por parte de la élite política nacional. Sin embargo, ciertos patrones de fragmentación partidista, así como los argumentos que los justificaban, pueden asociarse con el cumplimiento o el rechazo de las reglas del juego que se establecieron a partir de 1957. Se escucharon reclamos contra los fundamentos ideológicos del acuerdo y la forma de distribución del poder político y de los cargos. Los reproches provenían sobre todo de las disidencias, pero también se escucharon al interior del Directorio Liberal de Antioquia (DLA), expresión oficial del liberalismo en la región.

En 1959, apenas puesto en marcha el FN, entre los dirigentes y militantes del DLA ya existían importantes márgenes de opinión en contra de la alianza con el Partido Conservador, defendida en la región por el periódico *El Diario* y la corriente liderada por el gobernador Alberto Jaramillo Sánchez. Como se hizo común, se criticaron la alternación presidencial, las formas de reparto burocrático y la alianza con un solo sector del conservatismo. Se expresó la denuncia como un reclamo contra “La tenaza” o alianza “lauro-llerista” y la cabeza visible de esta oposición era Estanislao Posada Vélez, por entonces dirigente del DLA.²² La denuncia de “La tenaza” constituyó siempre un motivo recurrente en las disputas partidistas durante todo el período. Con esta expresión se remitía a un tipo de arreglo entre grupos liberales y conservadores, que les permitía apoderarse de casi toda la burocracia y dejar por fuera a otros competidores. Nótese que el motivo es el mismo que se esgrimía para fundamentar la confrontación armada en períodos anteriores. No obstante, al introducir el pacto bipartidista —que en la práctica se ejecutaba entre facciones—, el conflicto adquiría otra cualidad: la lógica de exclusión no se ejecutaba de un partido hacia otro sino, más bien, entre grupos adscritos a una misma organización. A razón de esto, gran parte de las quejas que formulaban los actores más tradicionales contra el acuerdo expresaban las molestias entre sectores de su mismo partido.

21 Mario Latorre. *Op. cit.*, p. 18.

22 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Meridiana, junio 18 de 1959.

Ante esta situación, los órganos oficiales del partido, presididos por Darío Echandía, trazaron su estrategia para afrontar el distanciamiento de dirigentes regionales de las posiciones de la Dirección Nacional Liberal (DNL). En ese marco se realizaron visitas del presidente de la DNL a la ciudad y se organizaron asambleas de juntas de barrios para homenajear a Darío Echandía, en tanto se cuestionaba el “arraigo popular” del DLA y se proponía la creación de un directorio municipal liberal para hacerle contrapeso. Lo significativo de esta serie de hechos es que constituyeron un esfuerzo de *disciplinamiento desde arriba*, tratando de mejorar el contacto con las bases liberales y procurando que quienes habían formulado reparos permanecieran en las filas oficiales, con el propósito de mantener un sector crítico pero disciplinado.²³

Por su parte, la directiva departamental trataba de despejar las dudas acerca de su apoyo irrestricto al acuerdo bipartidista. Era necesario perfilar una postura oficial con clara subordinación regional a las directrices nacionales. Con esa lógica, el DLA propició un acto público en el que Estanislao Posada se retractaba de su posición ambivalente frente a los acuerdos y “ofrecía su cabeza” para facilitar las relaciones entre el directorio antioqueño y las directivas nacionales. En las declaraciones se repetían, en lo fundamental, los argumentos de quienes idearon el pacto y lo pusieron en marcha: entendimiento nacional, pacificación, conductas democráticas, rechazo a las dictaduras y sucesión presidencial acordada con el Partido Conservador. También se exhortaba a los seguidores para “preservar la unidad por encima de transitorias y accidentales fricciones que ocurren y deben ocurrir en el seno de un partido popular y democrático”.²⁴ El curso de los acontecimientos demostraba que mantener la unidad y la disciplina alrededor del acuerdo no era fácil y que el asunto estaría siempre sujeto a *negociaciones inestables* entre los grupos que conformaban el liberalismo, incluyendo la facción que al momento se reclamara como oficial. Por esto, en la aceptación de las reglas de competencia propuestas en el FN siempre hubo matices. Estuvieron quienes aceptaron tanto la alternación como los candidatos oficiales, pero también quienes, aceptando la alternación, se apartaron de las indicaciones de votar

23 Radioperiódico *Clarín*, Vespertina, junio 18 de 1959. Es claro que esto no conjuró del todo las críticas ni los retiros, pero ayudó a crear ciertas condiciones para que los acuerdos fueran aceptados de manera más o menos generalizada.

24 Firman el comunicado: Germán Vélez Gutiérrez (presidente) y Gustavo Correa Betancur (secretario). En: A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Meridiano, julio 30 de 1959. Posteriormente, en un manifiesto en el cual se anunciaba el respaldo al gobierno nacional, el DLA recordaba que su compromiso con las clases populares lo llevaba a apoyar las reivindicaciones que se presentaran por los medios legales. En: Radioperiódico *Clarín*, Vespertina, agosto 19 de 1959.

por el candidato oficial del FN. Esto alimentó durante todo el período, tanto a nivel local como nacional, la competencia por ser los “legítimos” representantes del partido en la alternación, y los grupos políticos trabajaron conforme a sus preferencias.²⁵

Otro sector adscrito al DLA que criticaba el FN estaba constituido por las juventudes universitarias liberales. Reunidas en una convención en 1959,²⁶ revelaron su posición y las tensiones que a partir de ella se generaban. El tinte oficial lo aportaba la invitación a Darío Echandía para asistir al evento, así como el nombramiento que la DNL hizo de Guillermo Cano para que la presidiera. Pero el control de los acontecimientos no estaba allí y la convención no respondió siempre a los criterios oficiales. Así, con algo de beligerancia, los convencionalistas negaron un saludo al presidente de la república Alberto Lleras Camargo —a quien consideraban muy conservador— al tiempo que se proponían saludos a Fidel Castro²⁷ y a los huelguistas de Segovia, y censuras al ejército colombiano por haber combatido a los campesinos liberales alzados en armas durante la Violencia y por el empeño de su oficialidad por acceder a las esferas burocráticas de la institución castrense.²⁸

Pero las críticas de este sector no iban dirigidas sólo contra los personajes, sino que también cuestionaban el núcleo mismo del acuerdo frentenacionalista: fueron aprobadas mociones contra la alternación bipartidista, la intervención del clero en política, la norma que prohibía el funcionamiento legal de partidos distintos al Liberal y Conservador; como colofón, los convencionalistas se declararon explícitamente partidarios del funcionamiento legal del comunismo y de la consolidación de un movimiento liberal de izquierda.²⁹ El debate reveló el malestar de algunos sectores ante las acciones de la DNL y a veces mostró señas de polarización ideológica³⁰ al interior de las mismas filas del liberalismo. Este partido se constituyó en el espacio

25 Sólo a manera de ejemplo, durante la campaña de 1970 se podían encontrar directorios como el Liberal-Belisarista, en oposición a la junta liberal-pastranista.

26 La Convención de Jóvenes Universitarios se realizó en abril de 1959. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Matutina, mayo 2 de 1959.

27 Incluyendo la propuesta de invitarlo a Medellín.

28 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Matinal, mayo 4 de 1959.

29 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Meridiano, mayo 4 de 1959.

30 Por ejemplo, los sectores de centro y de derecha hicieron señalamientos contra Carlos Restrepo Arbeláez —estudiante de derecho de la Universidad de Medellín— por sus marcadas tendencias izquierdistas, que aludían al compromiso con los sectores populares y al distanciamiento del liberalismo de los intereses de las oligarquías. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Meridiana, mayo 2 de 1959.

político legal en el que tenían cabida sectores de izquierda que le apostaban a la política legal y electoral.

Meses después, estas mismas juventudes volverían a citar a otra convención nacional en Rionegro (Antioquia), insistiendo en que era necesario hacerle frente a los problemas de la democracia colombiana y que la “juventud estudiosa” tenía una responsabilidad patriótica con el país.³¹ Pero la tensión entre las juventudes universitarias y la DNL fue resuelta unilateralmente por esta última, sustituyendo el comando que cuestionaba los fundamentos frentenacionalistas. Quienes sufrieron el relevo juzgaron al comando recién constituido como más sumiso y, con una paradójica cita de Laureano Gómez, afirmaron que “a la cima puede llegarse volando como las águilas o arrastrándose como lagartos”,³² en una clara alusión a que los sustitutos no tenían la capacidad para revitalizar ideológicamente al partido y que más bien estaban interesados en el estatus que la posición les confería. Revitalizar implicaba, según el tono de las discusiones, sustituir el pacto frentenacionalista por un arreglo político en el que el liberalismo jugara decididamente el papel de representante de los sectores populares.³³

Las críticas a los acuerdos frentenacionalistas también provenían de grupos adscritos al Movimiento Revolucionario Liberal (MRL).³⁴ En Antioquia, una de las consecuencias derivadas de las tensiones en el DLA, en las que un sector del partido perdió poder, fue precisamente la conformación y el fortalecimiento de un ala disidente vinculada con el MRL.³⁵ Este movimiento nutría sus argumentos básicamente con problemáticas de orden nacional. Sus críticas se centraron en contra

31 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Meridiano, agosto 28 de 1959.

32 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Vespertino, octubre 5 de 1959.

33 Su presencia de las juventudes liberales se repite a lo largo del período, reclamando coherencia en las posturas del partido y exigiendo espacios de participación para las ligas o comandos juveniles en los procesos internos del partido. Esto se hace evidente, sobre todo, en los momentos de las convenciones o en las elecciones.

34 Para un recuento de la creación del MRL y sus tensiones, véase: Jorge Child. “El MRL”. En: Gustavo Gallón Giraldo (compilador). *Entre movimientos y caudillos. 50 años de bipartidismo, izquierda y alternativas populares en Colombia*. Bogotá, CINEP-CEREC, 1989, pp. 68-90.

35 Entre los salientes estuvieron Carlos Restrepo Arbeláez y Jaime Botero, quienes unos meses después encabezarían el Comando Universitario de la campaña de Alfonso López Michelsen por el MRL. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Meridiana, julio 16 de 1959. De igual manera, Estanislao Posada, habiendo sido directivo del DLA, pasó a comandar una de las corrientes del MRL en la ciudad.

del carácter excluyente del pacto bipartidista,³⁶ de la alternación presidencial,³⁷ del reparto burocrático paritario³⁸ y de la orientación de las relaciones exteriores de Colombia en el contexto impuesto por la Revolución Cubana. Estos debates se sustentaban en doctrinas con las que se pretendía dar respuesta a las demandas de los sectores populares y campesinos. Resulta bastante común pensar que esta es una época en la que el debate ideológico tenía escasa trascendencia, pero es indudable que parte de las tensiones entre grupos se daba por motivos de esta índole. Y con ello no se está hablando de claridad y coherencia ideológica, sino más bien de que “la necesidad de diferenciarse del otro lleva a la adopción de estrategias y programas que implican, en ciertas coyunturas, rupturas ideológicas con el rival de las contiendas electorales y de los regateos burocráticos”.³⁹

Tanto el movimiento nacional como sus expresiones locales alimentaron debates con los sectores oficiales del establecimiento en los que se reclamaba compromiso con las necesidades populares, se criticaban los intereses de la élite económica o se cuestionaban las formas de orientación de las relaciones con otros países. Ante esto, la reacción de los voceros oficiales fue, como suele ocurrir, la descalificación y el señalamiento, como deja entrever un pronunciamiento en el Concejo de Medellín que no hacía más que recoger indicaciones de la dirigencia nacional:

El Concejo Municipal de Medellín, en vista de la denuncia hecha en el senado de la República por el jefe del partido liberal, Dr. Carlos Lleras Restrepo, sienta su más enérgica protesta por la forma como los enemigos de la patria, aliados al comunismo y algunos de ellos disfrazados bajo el remoquete de MRL, quieren arrasar con las instituciones democráticas que nos rigen y con la integridad de las personas que, en el país, representan al gobierno del Frente Nacional.⁴⁰

36 Las disidencias que se presentaron durante todo el período tuvieron más o menos asegurada su participación en cuerpos colegiados. No obstante, la tensión se presentaba en torno a la alternación presidencial; con respecto a ese tema subsistían las diferencias con el oficialismo.

37 Una iniciativa del MRL para hacer una consulta popular, aprovechando las elecciones de marzo de 1962, serviría para decidir si se continuaba con la alternación presidencial. El paso, o mejor dicho, la renuncia, según el proponente, debía darlo el partido beneficiado en el turno de la alternación, algo difícil de aceptar por los conservadores en 1961, cuando aspiraban a elegir un presidente de su partido. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Matinal, junio 30 de 1961.

38 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Meridiana, julio 23 de 1959.

39 Jorge Child. *Op. cit.*, pp. 68, 69.

40 A.H.M. Fondo Concejo, Acta No. 27. Medellín, enero 25 de 1963.

Incluso el mismo MRL fue presa de tensiones a este respecto. Una de sus alas veía en el FN la “gran coalición de las oligarquías”,⁴¹ y en oposición pedía una actitud más radical a favor del pueblo y más cercana a los procesos de cambio que vivían otros países de América Latina que giraban hacia la izquierda. Por su parte, otros reclamaban posiciones en el centro, apelando a la defensa del orden y al anticomunismo. Sostenían que el ala lopista “recoge la idea liberal sin mezclas de doctrinas extrañas que la desfiguran”, mientras que rechazaban la postura de Álvaro Uribe Rueda, “ya que su política atenta contra la paz, los principios cristianos y la estabilidad democrática. No podemos adular la conciencia sirviendo a una doctrina de la que se precian Nikita Krushev y Fidel Castro”.⁴² Unos y otros expresaban sus puntos de vista con el convencimiento de que una actitud diferente desviaría al partido del camino adecuado y le haría perder su identidad. Desde un principio esta tensión se resolvió a favor de las posturas más centristas, oficiales y favorables al acuerdo bipartidista. De tal manera que la situación de quienes reclamaban posiciones radicales era la de no “tener a donde ir” si querían permanecer en el juego político legal. Aquí el uso de la voz sustituye al recurso de la salida porque éste también puede perfilarse como un retiro a la ilegalidad.⁴³

Pasado el tiempo, y deteriorada la coalición emerrelista,⁴⁴ muchos de los opositores al arreglo frentenacionalista empezaron a integrar otras formaciones

41 La expresión es de Héctor Abad Gómez en unas recomendaciones que formula al electorado antes de las elecciones de 1962. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, marzo 3 de 1962.

42 Declaraciones de la junta liberal lopista del barrio Moscú. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, mayo 7 de 1963.

43 A modo de ejemplo, el MRL estuvo dividido entre una línea dura y una línea blanda. La primera protagonizó debates que expresaban su postura antioligárquica, en contra de la intervención norteamericana y a favor de mantener relaciones con los países comunistas; mientras que la segunda, aunque mantenía una posición antioligárquica, marcaba cierta distancia con los movimientos comunistas y contemplaba la posibilidad de tener ciertos acuerdos con el régimen. Así, a la primera se le señaló de procomunista, mientras que a la segunda se le criticó su posición ambigua, que algunos vinculaban con las aspiraciones políticas de López Michelsen. Esta discusión expresaba los prejuicios que algunos sectores liberales manifestaban por la cercanía del MRL con grupos de izquierda, que se aproximaban a esta facción como su única posibilidad de entrar en el juego político de manera legal.

44 Tanto las tensiones de los dirigentes locales, como algunas actitudes de López Michelsen socavaron las posibilidades del movimiento. Ya en 1960 un sector del lopismo se quejaba de la ambigüedad de su dirigente. “El doctor López [decía Estandislo Posada] prende una vela a Dios y otra al diablo. A mí por temperamento me aburre esa conducta. Las masas

críticas con el acuerdo. De ellas, la más importante fue la Alianza Nacional Popular (ANAPO), en la que se congregaron liberales y conservadores partidarios de la figura y programa de Gustavo Rojas Pinilla. Esta organización participó en elecciones desde 1964 y, tal vez como señal del agotamiento del FN, se constituyó en una amenaza casi efectiva en 1970. Habiéndose planteado como oposición, retomó algunos de los argumentos que ya otros sectores políticos habían esgrimido. En escenarios como el Concejo de Medellín, sus representantes criticaron especialmente a la línea oficialista del liberalismo, de la cual decían que utilizaba una política tradicional, de promesas electoreras, con posiciones antinacionalistas, que abogaba por los intereses de la oligarquía y el imperio norteamericano. La idea de la dirigencia anapista era que se debía superar el “bipartidismo anacrónico”, porque ellos “encarnaban una nueva fuerza política que representaba la unidad del pueblo liberal y conservador”.⁴⁵ Pero fue precisamente cuando se constituyeron en tercer partido,⁴⁶ que algunos dirigentes liberales fueron retirándose de la organización, al juzgarla como “conservatizada” y “al servicio de Rojas Pinilla”.⁴⁷

Como se ha descrito hasta el momento, la vida política del FN se caracterizó por importantes tensiones entre la dirigencia del Partido Liberal y sus disidencias. Y, como lo muestra el caso de la ANAPO, algunos de los opositores vieron fortalecidos sus reparos al arreglo frentenacionalista al quedar flotando en el aire la sensación de que los voceros oficiales habían propiciado y consentido un tremendo fraude para impedir el acceso de una fuerza de oposición a las instancias de gobierno nacional. El cierre

necesitan voces de mando, no esas actitudes de carencia de garra política, cuando quieren estar bien con todo el mundo, u ostentan una superior malicia o una ladina capacidad de dislocar el partido”. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, junio 14 de 1960.

45 A.H.M. Acta No. 12, Medellín, febrero 11 de 1969, folio 89. El argumento no deja de ser llamativo: propendían por una superación del bipartidismo, pero al tiempo se postulaban como la “unidad”, a modo de síntesis, del pueblo liberal y conservador.

46 Uno de sus dirigentes, al reintegrarse al liberalismo afirmó: “me retiro porque empecé a operar el tercer partido, lo que se autenticó en Villa de Leyva el pasado trece de junio. En esta forma quedaron confundidas nuestras ideologías políticas, cosa que no aceptamos los colombianos que somos ordinariamente tradicionalistas”. *El Diario*, Medellín, marzo 1 de 1972, p. 7. Adicionalmente, sobre este asunto, véase: Daniel Pécaut. *Crónicas de dos décadas de política colombiana 1968-1988*. Bogotá, Siglo XXI, 1989, p. 165.

47 Dirigiéndose a sus copartidarios que se habían deslizado hacia las filas de la ANAPO, un dirigente de la época decía: “un verdadero liberal no debe estar arrodillado en un tercer partido de tipo netamente familiar y conservador fascista como el rojismo”. *El Diario*, Medellín, abril 5 de 1972, p. 7.

del FN estuvo marcado por la crisis generada a partir de estos acontecimientos y se puso de manifiesto que la percepción de deterioro era compartida tanto por sectores afectos al bipartidismo, como por aquellos que se postulaban como competencia.

Ya desde la reforma política aprobada en 1968 se habían establecido los mecanismos para el desmonte “gradual” de los acuerdos del FN⁴⁸ y la tónica de los gobiernos era mantener, en la medida de lo posible, los acuerdos y la participación equitativa tanto de las distintas facciones del liberalismo, como de los grupos conservadores. De hecho, durante el desmonte, los mandatarios seccionales parecían estar sujetos a la directriz de hacer una distribución burocrática en la que obtuvieran “representación adecuada y equitativa” los diversos grupos políticos tradicionales. Los funcionarios reconocían sin empacho cuál era la práctica convenida, como se hace evidente en el testimonio de un secretario de gobierno de Medellín:

Fue una labor de filigrana política, sólo comparable a la realizada por Penélope. No era nada fácil incrustar ahí los grupos minoritarios. Al hacer entrega de este despacho, el andamiaje se encuentra funcionando. Se han presentado los naturales reclamos, pero el esquema está operando, con el consentimiento de los diferentes partidos.⁴⁹

Con ello, parecía que lo perdurable de los acuerdos políticos del FN era la costumbre de los directorios de presionar sistemáticamente para obtener cargos. Así, aunque formalmente se declaraba la “autonomía” de los mandatarios para conformar su gabinete, en la práctica lo que se hacía respetar eran las “legítimas aspiraciones burocráticas” de los directorios. Los argumentos a favor de estas conductas eran conocidos: mantener el entendimiento y el diálogo entre los partidos y “evitar que empleados competentes y honestos sufran las consecuencias de los desacuerdos entre las dos colectividades tradicionales”.⁵⁰

Sin embargo, los acuerdos entre los directorios siempre resultaban precarios, agotando su vigencia conforme se iban redefiniendo los gabinetes departamentales y locales, y alimentando la sensación de deterioro del sistema político y de incapacidad de los partidos para responder adecuadamente a demandas que

48 Acto Legislativo No. 1 del 1 de diciembre de 1968. En el párrafo del artículo 41, que modificó el artículo 120 de la Constitución, se extendió la paridad que se aplicaba en ministerios, gobernaciones, alcaldías y demás cargos que no fueran de carrera administrativa hasta el 7 de agosto de 1978. Mientras que el artículo 50 del mismo acto legislativo desmontaba la distribución paritaria en Asambleas departamentales y Concejos municipales desde las elecciones de 1970.

49 “Acabamos con los paros cívicos”. *El Mundo*, Medellín, enero 4 de 1980, p. 10.

50 *El Correo*, enero 19 de 1977, p. 1.

excedieran la propia supervivencia burocrática. Al tiempo, y como parte de las estrategias políticas, fue corriente la denuncia de la forma de hacer política de los competidores, y se hizo común la etiqueta “clientelista” como una manera de estigmatizar al opositor, pero también de mostrar el deterioro del partido por cuenta de la generalización de estas conductas.⁵¹ El tema no se agotaba en el señalamiento de las consecuencias para el partido y su permanencia como opción de gobierno, sino que a veces asumía un tono más general, como en las palabras que pronunció Luis Carlos Galán en Rionegro, al aceptar su primera candidatura presidencial en 1981:

A quienes se limitan a predicar la disciplina dentro de los partidos, así ello signifique el atropello de las convicciones más respetables de las gentes, queremos decirles que hay una disciplina más alta, que es la disciplina dentro de la nación. Creemos como Benjamín Herrera que el individuo debe colocar a la patria por encima de sus conveniencias y de los partidos [...]. La ética social que auspiciamos supone la austeridad de los gobernantes y de la ciudadanía y el sentido de responsabilidad colectiva que no debe tolerar los egoísmos, los peculados y el tráfico de influencias que amenazan destruir el estado de derecho.⁵²

Como puede verse, la denuncia, a la vez que censuraba al partido y las prácticas de los directorios, aspiraba a poner en evidencia la necesidad de reconducir las prácticas políticas, de tal manera que se superara la herencia del FN. Vistos a partir de sus retóricas, movimientos como el Nuevo Liberalismo expresaban el pulso de un sector de la dirigencia política por remover aquello que “la convivencia” entre partidos había instituido como el código “normal” de funcionamiento del sistema político.

Un último aspecto que nos interesa resaltar de las reglas del juego, vinculado con la aplicación de los estatutos en la organización, tiene que ver con las convenciones

51 Los ejemplos pueden ser muchos, pero tomamos el siguiente porque deja ver claramente la retórica del deterioro del partido: “El Movimiento Liberal por Medellín se opone a ese estilo de política que viene imperando en algunos medios y que se llama el ‘Clientelismo’, dice Agudelo Villa, y agrega que este fenómeno está acabando con el Liberalismo. Yo creo que el uso de la Administración Pública para servir a los intereses personales, de directorios o de grupos, destruye a la Administración y destruye al Partido. [...] Estamos en contra de utilizar la Administración Pública, como ha venido ocurriendo en Antioquia y en otras secciones del país, para beneficios de grupos políticos. Eso de usar los auxilios municipales para presionar a las gentes a que se adhieran a un Directorio, de que se obligue a los empleados a hacer contribuciones para banquetes de los funcionarios oficiales, todo eso es Clientelismo que ha hecho que el Liberalismo se haya venido a menos. Por esta razón las gentes se han vuelto apáticas y la abstención ha venido creciendo”. *El Mundo*. Medellín, enero 4 de 1980, p. 11.

52 Citado por Luis Fernando Rosas Londoño. *Nuevo Liberalismo. Suprapartidismo con ideas liberales*. Bogotá, Kingraf, 1992, pp. 28, 29.

y con la creación de directorios y comités. Las normas de un partido son también un recurso del cual disponen los actores partidistas para ejercer poder frente a otros competidores internos. Por eso a la existencia de reglas hay que agregarle el papel del agente que las interpreta y se vale de ellas, que puede aparecer como el garante de su “correcta” aplicación. El margen que separa las reglas de su aplicación es el que permite reconocer las maniobras que caracterizan la vida partidista. Las convenciones, como decimos, son una expresión certera de esta lógica de adaptación en el juego de las coaliciones que pretenden dominar un partido.⁵³ Alrededor de ellas y su conducción se ejecutan estrategias para obtener una mejor posición frente a los competidores internos en la organización. De esta manera, pueden registrarse convenciones oficiales contra convenciones “populares”, en las que se enfrentaron líderes y grupos partidistas, alegando legitimidad y pidiendo acatamiento de las decisiones tomadas a través de este mecanismo. Así, en discursos muy parecidos durante todo el período, en las convenciones se repitieron frases que parecían fórmulas de un rito, que incluían llamados al acatamiento, la unidad y el vigor del partido:

[...] exhortar al liberalismo de Antioquia a que cierre filas en torno a su directiva legítima a fin de impedir que surjan disidencias. [...] Invitar a los copartidarios que tengan algunos reparos que hacer a la manera como esta directiva conduce los destinos del liberalismo de Antioquia, para que los formulen pública o privadamente, con el fin de buscar un entendimiento satisfactorio para aglutinar a todos los liberales que deseen mantener un partido vigoroso, compacto y progresista.⁵⁴

La creación de comités y directorios municipales auspiciados por la DNL también fue generadora de numerosos roces. En varios momentos, caracterizados por los “esfuerzos” de reorganización del partido, se propició la creación de los directorios municipales. Estos pretendían disputar el poder y las funciones del DLA, y con su creación se trató de explotar a favor de la dirigencia nacional la tensión entre los políticos de Medellín y aquellos que tenían su poder electoral afincado en otras regiones del departamento o entre una facción grande y un conjunto de pequeños grupos enemistados con aquélla.

53 Por ejemplo, a pesar de la división entre los partidarios del FN y los seguidores de López Michelsen, algunos de estos últimos manifestaron la conveniencia de participar en la Convención y “[...] maniobrar en las delegaciones oficialistas hasta posicionar el lopismo [...]” (A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, febrero 15 de 1960). Por su parte, quien presidía el sector oficial sabía que reglamentar la escogencia de los delegados a las convenciones departamentales le permitiría, por la vía del veto, bloquear el acceso de los sectores lopistas a espacios de representación. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, febrero 18 de 1960.

54 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, noviembre 20 de 1959.

Un ejemplo de lo anterior se da 1959, cuando las tensiones entre el DLA y la dirección presidida por Darío Echandía se resolvieron a favor de este último y de su intención de disciplinar la dirigencia regional en torno a las condiciones de funcionamiento del FN mediante la creación del Directorio Liberal Municipal.⁵⁵ Para la época, era un imperativo que el Partido Liberal se reestructurara para responder a la dinámica electoral,⁵⁶ pero sobre todo para afrontar los otros mecanismos implicados en el pacto, que aludían a la distribución burocrática. Aquí lo fundamental era mantener a los grupos trabajando de manera disciplinada bajo una misma directriz, para hacer eficaces los acuerdos con el Partido Conservador.

Un segundo ejemplo sucede en 1980. En el contexto de un nuevo esfuerzo por reordenar el partido, la DNL insistió en la necesidad de crear directorios municipales. Este llamado obtuvo una gran resistencia por parte del DLA, mientras que otros sectores minoritarios, como el Directorio Liberal Popular y el Directorio Liberal de Izquierda, acogieron con cierto entusiasmo la iniciativa y la ejecutaron. El argumento de Jaime Henríquez Gallo —presidente del DLA en ese entonces— en contra de tal decisión lo sustentaban dos razones: apeló a la existencia de unos estatutos de 1970 que señalaban el carácter federado del partido, para defender la necesaria autonomía representada en las acciones del DLA; y reclamó reconocimiento al caudal electoral que permitía mostrar que su directorio era la “agencia” mayoritaria en el departamento.⁵⁷ A estos argumentos se les opuso, otra vez, la necesidad de acatar las disposiciones y acuerdos de las autoridades nacionales para la unidad, disciplina y legitimidad dentro de la organización. El asunto terminó en el corto plazo favoreciendo las decisiones de la DNL y de la coalición de grupos minoritarios, pero en 1982, el DLA volvió a “refrendar” sus resultados electorales, con lo cual los llamados esfuerzos de reestructuración giraron a favor de la jefatura liderada por Bernardo Guerra Serna en la región.

En síntesis, las principales discusiones tenían por objeto el establecimiento de criterios por parte de la dirigencia nacional del partido y ponían en escena la competencia horizontal entre líderes de la región por obtener reconocimiento y autonomía en el manejo de las decisiones en este nivel de la organización. Lo que se hacía evidente era el flujo de tensiones entre los diversos niveles del partido que, a veces, favoreció la capacidad de coordinación de la dirección nacional, como en

55 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, octubre 24 de 1959.

56 Que tenía como propósito lograr un número de votos significativos por el “candidato” del Frente, es decir, hacer que las bases de la organización se movilizaran a favor de un candidato de coalición y no de partido.

57 Archivo de la Dirección Nacional Liberal (DNL). Carta de Jaime Henríquez Gallo dirigida a Gabriel Fernández Jaramillo, miembro de la DNL.

1959, pero que también mantuvo viva la influencia de algunos dirigentes regionales y su esfuerzo por ser portadores legítimos —frente a sus opositores locales, e incluso a la DLN— de las banderas del partido.⁵⁸

2. Listas, puestos y facciones

Como ya se dijo, otra de las fuentes de tensión en la vida partidista es el reparto de recursos al interior de las organizaciones. La nominación en listas o la asignación de cargos públicos son bienes apreciados por los activistas de un partido, y se entiende que su distribución refuerza, como incentivo, la pertenencia a una organización.

Respecto a la nominación de listas, se reconocen dos lógicas que alimentaban la tensión partidista. La primera está constituida por la puja entre la DNL, interesada en incidir y controlar los directorios locales, y la dirigencia regional, que reclamaba mayor autonomía en los procedimientos de selección de candidatos y aplicación de estatutos. El asunto era coordinación versus federalización. Los esfuerzos de la DNL se orientaban al control de la vida partidista, incluyendo, como es obvio, la potestad de nominación de candidatos,⁵⁹ la creación de directorios locales que hicieran contrapeso al poder de los políticos regionales y el establecimiento de directrices en torno al acatamiento de las reglas del juego, indicando las sanciones de que serían objeto quienes se apartaran de tales patrones. Por su parte, la dirigencia regional siempre reclamó un margen de autonomía con el cual quería hacer suya la potestad de tomar las decisiones relevantes en los niveles regional y local. Para los políticos regionales, la intervención de la DNL incrementaba el tráfico de influencias y las manipulaciones “manzanillezcas”.⁶⁰ Podemos decir con ello que los motivos de

58 Legitimidad que, cuando el estatuto no los favorecía, era soportada con la idea de ser la mayoría electoral.

59 Por ejemplo, un personaje como Hernando Agudelo Villa logró lugares de privilegio en las listas liberales para varios períodos, aun en contra de los intereses de la directiva regional. Le bastaba el guiño de la DNL.

60 “¿Qué es un manzanillo? Este personaje siempre vilipendiado, siempre resulta exitoso en las campañas, no presenta programas ni debate cuestiones de principio, lo que le interesa es ser elegido a cualquier costo, si hay que ejercer fraude y coacción no importa; si es necesario mentir a los electores, tanto mejor, por eso en las corporaciones públicas es el más afanoso en conseguir auxilios para municipios, para barrios, lo esencial es que se sepa, y que en la prensa se diga que ha sido generoso y batallador. Allá están ubicados en las listas, quien siga paso a paso las deliberaciones en las cámaras, en las asambleas y en los concejos se dará cuenta de que estos hombres no exponen ideas, embrollan, corrompen a sus compañeros y hacen todo lo posible para ser reelegidos y son reelegidos”. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, marzo 15 de 1960.

preocupación eran de carácter horizontal, cuando se cuestionaba la idoneidad de los copartidarios para “representar”, o de carácter vertical, cuando se interrogaba el efecto de la influencia de la DNL, acompañado por un reclamo de “mayor participación democrática”, esto es, margen de maniobra de la dirigencia local para confeccionar sus propias listas y para usar este recurso de poder en la competencia con otros líderes locales. En esta tensión es clara la oposición entre la dirigencia nacional y la local, y entre los “organismos” creados por aquella —acusados de no tener arraigo popular— y las instancias creadas en la práctica política del partido, como son las Juntas de Barrio. Estas últimas se veían desplazadas en sus pretensiones por quienes venían a organizar desde afuera y desde arriba. No obstante, salvo momentos excepcionales, los niveles de autonomía de las expresiones regionales y locales del partido estaban más o menos salvaguardados.

Frente a las disputas faccionales, el papel de la dirigencia nacional fue el de mediar conflictos e intentar que las diferencias no perjudicaran el desempeño de la organización en instancias nacionales. Las disputas entre facciones emerrelistas en las elecciones presidenciales de 1962 permiten ilustrar lo anterior. En Medellín abrieron sus sedes varios directorios del MRL, de los cuales los dos más representativos eran el directorio de Jaime Isaza Cadavid y el Comando Popular del Lopismo, orientado por Jaime Velásquez Toro. Estos directorios disputaron la titularidad de la bandera lopista después de desplazar a Estanislao Posada. El radioperiódico *Clarín*, en 1962, hizo circular una noticia en la cual se destacaba una “pelea de telegramas” con las versiones que de una comunicación de Alfonso López Michelsen tenían los dos directorios emerrelistas. Según los de Isaza Cadavid, el cable decía:

[...] le reitero los conceptos que expresé en mensaje a Estanislao Posada y Jaime Isaza Cadavid sobre las listas disidentes en Antioquia que encabezan Absalón Estrada, Jaime Velásquez Toro, Luisa Pérez, Alfredo Tobón White, Alicia Arredondo, Alejandro Jaramillo y Jorge Moreno Ortiz, todas las cuales declaro ‘corsarias’, porque no entiendo que al amparo de mi nombre se quiere derrotar a mis programas o a mis compañeros, para declararse partidarios de mi candidatura, cuando atacan a mis amigos y combaten mi posición... En consecuencia les ruego dar a conocer de mis copartidarios que las únicas listas que patrocino en Antioquia son las listas que encabezan Jaime Isaza, Carlos Restrepo, José J. Zuluaga y el suscrito para el Concejo [...].⁶¹

Por su parte, quines seguían a Velásquez Toro presentaban otro texto: “Claramente he manifestado que acepto dentro del Movimiento Revolucionario Liberal el derecho de otros grupos a sustituir la dirección actual del movimiento con

61 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, marzo 15 de 1962.

sus programas y sus hombres, como es el caso de la lista disidente de Antioquia”.⁶² De otro lado, Alfredo Tobón White retó al grupo de Isaza para que exhibiera el cable de López Michelsen y dijo, además, que este último había insistido en dejar en libertad a sus seguidores para que escogieran las listas que desearan.⁶³ Dirimir quién tenía la razón no parecía trascendental para el líder nacional, mientras los dirigentes locales persistieran en su apoyo al movimiento y en su voluntad de votar por él en la competencia por la presidencia.

La segunda lógica que alimenta la tensión partidista se desarrolla como un conflicto horizontal entre dirigentes regionales, en el que se oponen varios procedimientos para la nominación de candidatos. Algunos defendían la convención del partido como el recurso idóneo para la conformación de listas en contra de prácticas de designación, que en el argot político son conocidas como “el bolígrafo”, en las que la responsabilidad y la potestad de nominación son atribuidas de manera plena al líder de la facción. En la práctica, estos procedimientos no eran excluyentes y más bien se abría la posibilidad de combinarlos, aunque al final de las convenciones se delegaba al jefe de la facción para que en su “sabiduría” conformara la lista. El debate a favor o en contra de las decisiones de la convención o la cesión de la responsabilidad de nominación en cabeza del jefe fue siempre un asunto inestable, es decir, no había reglas claras ni, sobre todo, de aplicación permanente.

En ambos procedimientos interesaba ubicarse en un buen lugar dentro de la lista. Y para ello se presentaban quienes reclamaban reconocimiento por su capacidad electoral y quienes lo hacían por su condición de notable o su tradición dentro del partido. Muchos optaron por salirse de la facción en que militaban porque no se les reconocía su capacidad de ponerle votos a la lista y se los relegaba a lugares en los que las probabilidades de acceder a cargos eran mínimas. A partir de esto, los directorios de mayor tradición fueron objeto de una creciente migración de líderes, cada uno de los cuales conformaba su grupo de apoyo político para entrar en competencia con la “casa política” de la que provenían. Esta competencia horizontal se traducían en una disputa entre directorios de mayor tradición y grupos recién constituidos que luchaban por la primacía local y regional, y mostraban al partido como una suma de pequeñas organizaciones “unidas” sólo porque la dirigencia nacional no le negaba reconocimiento a ninguna de ellas, mientras pudiera acumular sus apoyos para la competencia de orden nacional.

62 *Ibíd.*

63 *Ibíd.*

Quienes se quedaban en el partido —que, a su vez, se invocaban como sus voceros legítimos— interpretaban la opción de salida como una decisión basada en “intereses personalistas” y “mezquinos”, que deterioraba las posibilidades de competencia. Por lo general, la nueva facción seguía adscrita al mismo partido. Su contra-argumento para reclamar la etiqueta Liberal estaba basado, en no pocas ocasiones, en una legitimidad acreditada en los resultados electorales, en las decisiones de las convenciones o en cierta pervivencia histórica. Cada cual esgrimía las razones que más le convenía para darle credibilidad a su movimiento o facción; cuando las razones no eran suficientes se acudía a la convalidación de la DNL o del candidato presidencial que había dado lugar a la disidencia. Un evento que ilustra la acidez de los comentarios suscitados a raíz de la conformación de las listas en 1959 es la emisión de un comunicado de un grupo llamado Junta Bloque Liberal, presidido por Luis Puerta Toro y Carlos Urreta, quienes denunciaban el imperio de los intereses de los caciques, los electoreros, la intriga y las malas artes. El comunicado también cuestionaba la doble moral del periódico *El Correo* por sus comentarios a la conformación de la plancha del partido y por su silencio cuando fue incluido el nombre de Jorge Delgado Giraldo.⁶⁴

Entre las retóricas en contra de las prácticas en los directorios, cabe destacar los señalamientos por convenciones amañadas, falta de respaldo popular, elaboración de listas antes de la convención, entre otros. Más allá de la denuncia, lo que se revela es que aquellas prácticas eran imitadas por muchos líderes y grupos, en la medida en que eran una “técnica” eficaz para mantener el dominio de un sector de la organización: “convenciones amañadas” significa algo más que hacer trampa en la convocatoria, “elaboraciones de listas antes de la convención” aludía a algo más que tener todo preparado para que los asistentes lo convalidaran. Todo ello suponía la adopción de prácticas que habían permitido en otros directorios consolidar un dominio, tratar de ampliarlo o, por lo menos, de mantenerlo en el tiempo.

Otro referente de inconformidad con el partido, que presionó la salida de algunos actores, fue su escaso margen de maniobrabilidad para incidir en la distribución de otros recursos como el reparto de puestos burocráticos en diversas instancias que iban de lo local a lo regional y lo nacional. Como el reparto burocrático durante el FN debía hacerse en forma paritaria, la disputa por la distribución se dio

64 “¿Que sucede? La doble moral. Surge el auto elogio y se vuelven lenguas de adulación póstuma y de chirimía electorera”. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Matinal, julio 22 de 1959.

al interior de los partidos.⁶⁵ Los niveles de conflictividad estaban basados en la perspectiva de medir fuerzas, sustentadas en la maquinaria burocrática y en el desempeño electoral.

La preocupación por la paridad llevaba a compromisos de las administraciones con su cumplimiento y a fricciones con los distintos directorios en el clásico forcejeo por obtener mayor provecho de los repartos burocráticos. En 1959 los secretarios de la administración local se vieron compelidos a realizar un censo de empleados con el fin de definir su filiación política. La intención era entregarle datos concretos sobre el cumplimiento de la paridad a la comisión encargada de hacer esta vigilancia.⁶⁶

La presión de los directorios fue una constante. Los ataques contra un funcionario por incumplimiento de los compromisos frentenacionalistas podían provenir de cualquier parte; los más avezados en este forcejeo eran los directorios más poderosos. Por ejemplo, el DLA tenía un ojo muy agudo sobre todas las instancias de la administración, ya fuera convocando al gobernador a dar explicaciones⁶⁷ o denunciando a los titulares de la administración por favorecer a otros directorios. Un enfrentamiento típico de este forcejeo lo constituyó el debate al superintendente del Ferrocarril de Antioquia por violar la norma constitucional de reparto paritario de puestos burocráticos y por favorecer a los conservadores. El superintendente alegaba que los conservadores lo acusaban de lo mismo, es decir, de favorecer a los liberales; de todas maneras, afirmó que el 90% de los funcionarios de su dependencia eran liberales, dato que no tenía ninguna credibilidad para el DLA.⁶⁸ Algo similar sucedía

65 En un comunicado, varios presidentes de las juntas de barrios de Medellín expresaron a la DLN su inconformidad por el proceder de ciertos miembros del DLA. “Nos mueve a lo anterior el hecho de que los señores Joaquín Londoño, Manuel Quijano, Jorge Pérez Romero, Margarita Tobón Valverde, Guillermo Correa, Octavio Velásquez, todos ellos miembros del directorio, quienes se reúnen en oficinas particulares como la del doctor Joaquín Londoño Ortiz, sin tener en cuenta al señor secretario general y sin citarlo siquiera para tratar a espaldas de tan eficaz, sincero y leal miembro, como lo es el doctor Gabriel Sonny Londoño Jaramillo, casos relacionados con el repartimiento ambicioso e indigno de los puestos oficiales dentro del municipio de Medellín y el departamento para ellos y sus amigos. Por lo tanto, mostramos nuestra inconformidad por la falta de lealtad y que el liberalismo no depositará más su confianza en dichos señores ya que cualquiera de esas sesiones sin la presencia del señor secretario viciaría de nulidad cualquier resolución de ellos”. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, septiembre 12 de 1962.

66 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Meridiano, septiembre 2 de 1959.

67 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Meridiano, septiembre 3 de 1959.

68 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Vespertina, septiembre 15 de 1959.

con la Oficina de Valorización, cuyo jefe fue acusado de instalar una maquinaria burocrática al servicio de un grupo disidente del liberalismo.⁶⁹

Alrededor del cargo de gobernador se desataban buena parte de las disputas entre los directorios por su designación. El DLA midió su capacidad negociadora al ejercer presión para el nombramiento del gobernador, eso se confirma en una carta dirigida por su director, Estanislao Posada Vélez, en 1959, al presidente de la república, solicitando la designación de un nuevo mandatario que fuera “un experto político y conociera la tragedia del departamento”.⁷⁰

Otros temas importantes de las negociaciones eran el nombramiento de alcaldes y de cargos burocráticos secundarios. No obstante, esta aspiración de los partidos estaba condicionada por la regla de la paridad. Como producto de esa aspiración, la posibilidad de ampliar las cuotas o de mantener las que se tenía de tiempo atrás, dependía de la correlación de fuerzas al interior del partido. En una nota de protesta, transmitida en el radioperiódico *Clarín*, en la que algunos conservadores se quejaban por la supuesta monopolización de ciertos cargos por parte del liberalismo de la ciudad, se advierten las secciones de mayor incidencia liberal en 1959: Cárcel de varones, detectivismo departamental, Circulación y tránsito, Administración de Hacienda Nacional, Gerencia del Oleoducto, Contraloría departamental, Gerencia de la Caja Nacional de Previsión, Gerencia del Banco Popular, Gerencia del Banco Ganadero, Superintendencia de Rentas, Oficina de juegos y espectáculos, Rectoría de la Universidad de Antioquia, Gerencia de Empresas Varias, etc.⁷¹ Era de esperarse que con la gerencia de estas instituciones el reparto de cargos menores pudiera hacerse más fácilmente a nombre de un partido político o de la facción que representara el funcionario.⁷²

69 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Meridiano, septiembre 18 de 1959.

70 Alsaliente burgomaestre liberal, Darío Mejía Medina, el DLA no le reconocía ningún éxito, pese a sus esfuerzos. En: A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Matutino, abril 1 de 1959. En abril el nuevo gobernador fue reemplazado por otro liberal, Alberto Jaramillo Sánchez, quien un mes después fue declarado “persona no grata” en la Convención de Juventudes Liberales por el “torpedeamiento burocrático” que ejercía contra el DLA. En el fondo de las acusaciones estaba la negativa de este funcionario a aceptar los nombres de Gustavo Correa y Darío Melguizo, propuestos por el DLA para la alcaldía de Medellín. En: A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Matinal, mayo 4 de 1959.

71 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, Matutino, mayo 11 de 1959.

72 Como contrapartida de estos debates por la distribución de incentivos materiales, estaban algunas discusiones sobre descentralización administrativa, autonomía local y reglamentación de la carrera administrativa para servidores públicos.

3. Retóricas en torno al desempeño electoral

Entre 1958 y 1968 la composición paritaria del Concejo de Medellín asignó a los liberales ocho curules. Compitiendo por éstas, el liberalismo siempre dividió sus fuerzas. Se enfrentaron con el ala oficial favorable al FN disidencias como el Movimiento Liberal Popular, los Comandos Lopistas, el MRL —que a su vez estaba fragmentado— y los liberales de la ANAPO. Eso produjo una distribución durante este tiempo de cinco o seis curules para los oficialistas y dos o tres curules para los grupos disidentes.

Después de 1970 la competencia era abierta y la composición del Concejo varió, como se muestra en la tabla 1:

Tabla 1. Composición del Concejo de Medellín entre 1968 y 1986

PARTIDOS	AÑOS									
	1968	1970	1972	1974	1976	1978	1980	1982	1984	1986
Liberales	8	6	8	11	10	10	11	10	11	11
Conservadores	8	5	7	7	8	9	7	10	8	8
Otros	0	9	5	2	2	1	2	0	1	1

Fuente: elaboración propia a partir de información de la Delegación Departamental del Estado Civil.

Abierto a la competencia, el liberalismo casi siempre obtuvo mejores resultados. Sin embargo, los guarismos ocultan que las divisiones en las filas de este partido siguieron siendo frecuentes, y que incluso se incrementaron después del FN. Durante este período, el oficialismo representado en el DLA —que se fue convirtiendo progresivamente en una facción más— se enfrentó con grupos como el Directorio Liberal de la Dignidad, Antioquia Liberal en Marcha, el Directorio Liberal de Izquierda, el Directorio Liberal Popular, el Directorio Liberal Federalista, las expresiones del Nuevo Liberalismo en Antioquia, entre muchos otros grupos de la época. La competencia por las curules del Concejo y por otros espacios de representación, siempre hacía saltar en pedazos los esfuerzos organizativos y de coordinación que emprendían las autoridades del partido.

El éxito o la derrota en las elecciones siempre ha sido un acontecimiento para las organizaciones partidistas. Lo fue durante el FN, cuando las facciones competían por una porción de la mitad asignada constitucionalmente a su partido. Con un cupo fijo

por partido, las discordias se generaban en la confección de las listas; tras cada elección se acumulaban roces y se incrementaba el número de grupos que aspiraba a entrar de manera privilegiada en el reparto.⁷³ Éste siguió siendo un acontecimiento relevante cuando dejó de regir el FN y los actores se vieron enfrentados no sólo con sus copartidarios, sino también con las otras organizaciones políticas.

En estas disputas se apelaba a argumentos más o menos recurrentes: se denunciaban las “conveniencias personales”, se descalificaba a algunos de los aspirantes y se hablaba de influencias y “manipulaciones manzanillezcas” provenientes de la DLN. La preparación de las elecciones y la lectura de sus resultados eran momentos de expresión de tensiones de carácter horizontal, cuando se cuestionaba la idoneidad de los copartidarios que integraban las listas y se protestaba saliéndose de la facción o renunciando a una postulación.⁷⁴ Pero también se cuestionaban las relaciones verticales y el efecto que tenía la influencia de las instancias nacionales del partido: quienes lo hacían se quejaban de centralismo y reclamaban “mayor participación democrática”, esto es, un adecuado margen de maniobra de la dirigencia local para confeccionar sus propias listas y usar este recurso de poder dentro de la organización.⁷⁵ También resultaba común que se señalara la inconveniencia de los “organismos” creados por la DNL —carentes de arraigo popular—, que intentaban desplazar a aquellos mecanismos creados en la práctica política del partido, como las juntas de barrio.⁷⁶

73 Podemos decir que los partidos se dividían casi por sistema. Lo hicieron los sectores oficiales de los partidos y lo hicieron las disidencias. Cada división representaba un sector o un individuo que no admitía que la disciplina o “fila india” le retrasara el acceso a los cargos importantes de representación en su partido. Así, los mecanismos del partido fallaban para “ordenar” las aspiraciones de los miembros más arribistas de la organización.

74 “Después de conocidas las listas de candidatos al congreso y a la asamblea hubo protestas por la inclusión de Gilberto Moreno. Renunciaron tres candidatos que advertían sobre los peligros de la abstención que representaba la posición de Moreno pues había sido el jefe del debate del lopismo en la campaña pasada”. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, marzo 6 de 1962.

75 *El Correo*. Medellín, febrero 7 de 1958, p. 4.

76 En estilo telegráfico, una comunicación dirigida a Carlos Lleras Restrepo muestra la insatisfacción de unas juntas de barrio por la elaboración de las listas para Concejo de la ciudad y deja ver los argumentos: “Desconociendo totalmente querer popular diliberal confeccionó listas a su antojo, con figurillas sin respaldo en las masas. Indignación tradúcese renuncia irrevocable *presidentes juntas considerados Diliberal como simples peleles*. Condenamos maniobra y anunciamos no iremos urnas semejante lista Concejo”. Firman Antonio Diosa, Carlos Moreno, Miguel Giraldo, Horacio Tabares, Ana Valencia y otros presidentes de juntas de barrios. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, marzo 7 de 1962.

Como se muestra, la fase preelectoral estaba dinamizada por conflictos alrededor de la integración de las listas. Frente a esta situación, quedaba a los dirigentes esforzarse por exhortar a sus seguidores para que redoblaran esfuerzos en la consecución de votos y afrontaran con decisión las tareas propias de los días cercanos a los comicios: todos debían activar la inscripción de cédulas, informar sobre el número de inscritos al directorio, reportar las fallas e irregularidades y participar en la vigilancia de las mesas de votación. Un comunicado del DLA advierte a sus militantes, adicionalmente, sobre la conveniencia de solicitar la colaboración de hacendados y todo tipo de liberales que tuvieran trabajadores bajo su responsabilidad.⁷⁷

Después de los resultados, los pronunciamientos se referían a tópicos como la abstención, la eficacia o no de las estrategias electorales y, consecuentemente, la solicitud de aplauso o rechazo a quienes habían orientado el proceso. Fue muy común que se atribuyeran los malos desempeños a la apatía de la gente para acudir a las urnas. Algunos dijeron que esta conducta correspondía a la insatisfacción de los electores por la inclusión de algún nombre en la lista, es decir, era leída como un modo de protesta o salida de los seguidores del partido.⁷⁸ Otros insistieron en que expresaba cierta desconfianza de los votantes frente al “sistema” y falta de “fe” en las alternativas que presentaba la oposición.⁷⁹ En general, la abstención aparecía como un temor antes de las elecciones, que servía para llamar a la reconducción de las acciones del partido y enfrentar su deterioro,⁸⁰ y como una explicación de los fracasos después de los comicios.

Otro tópico aludía a la eficacia de las estrategias electorales: las disputas se expresaban como “enjuiciamiento” a los miembros de los directorios, tratando de buscar un “responsable”; resaltaban el decaimiento del partido frente al conservatismo o a una facción disidente y, a veces, haciendo explícitos cuestionamientos a los

77 *El Correo*. Medellín, enero 9 de 1958, p. 1.

78 Pronunciamientos como el siguiente fueron muy comunes en la época: “Gilma Londoño de Jaramillo responde a Guillermo Correa que mucha gente dejó de votar por el liberalismo, precisamente porque vio su nombre incluido en la lista para la Cámara. Muchos liberales de Medellín votaron para Concejo y arrojaron a la basura las papeletas de cámara y asamblea. ‘Ignora Guillermo Correa que numerosos empleados públicos de filiación liberal se abstuvieron de votar? [sic] Sin embargo, nadie ha hecho un censo para establecer su nombre y hacer una lógica barrida [...]’”. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, marzo 18 de 1964.

79 *Ibíd.*

80 Libardo Ospina. “Cábalas electorales”. *El Mundo*. Medellín, enero 12 de 1980, p. 2.

mecanismos usados para orientar la competencia electoral —ya porque produjeran divisiones entre los electores,⁸¹ ya porque hubieran sido puestos en marcha con descuido y desorganización—, señalaban aquello de lo que se hacía responsable al directorio durante el día de elecciones.⁸²

Cuando el éxito en las urnas era favorable a una facción, los votos eran tomados como el “capital político” para las disputas con los otros dirigentes regionales del mismo partido o del conservatismo y como algo que debía traducirse en reconocimiento y puestos para el directorio. El regateo por los cargos se sustentaba directamente en los votos que se pudieran ostentar:

Ya le toca a Antioquia un gobernador liberal, dijo el presidente del Directorio oficialista, Jaime Henríquez Gallo, quien aseguró que el próximo mandatario seccional saldrá de dicha agencia política. Al mismo tiempo dijo el dirigente político que el alcalde de Medellín que sucederá a Bernardo Guerra Serna será de la misma filiación y sector partidario, pues se debe demostrar la fuerza del partido de gobierno, ante la incapacidad del Partido Conservador para dirigir los destinos de la comunidad.⁸³

Del triunfo se hace explícita la magnitud, se señala quién fue derrotado —el conservatismo y otros grupos liberales— y se pone de manifiesto lo que se sigue de tal éxito: “consolida al liberalismo como partido de gobierno y ratifica la confianza, el respaldo y la legitimidad oficial al Directorio Liberal Departamental de Antioquia por sus fuertes e incuestionables mayorías”.⁸⁴ Las elecciones y sus resultados son para los militantes de una facción algo más que cifras consignadas en las urnas. Las reclaman como apoyo popular, las presentan como fortalezas antes sus competidores, a partir de ellas obtienen puestos de mando o pueden regatear por cargos burocráticos. Y con todo ese conjunto de activos, vuelven a iniciar un ciclo de reproducción de sus prácticas en el escenario local.

81 “[...] al día siguiente se anuncia que una de las ponencias que se van a presentar en la convención del partido anotaba que la autorización incluida en los estatutos para fundar ligas falló; ‘se valieron de este medio para llevar la pugna hasta las masas’. En otro aparte del documento se critica la reelección de parlamentarios, pues dicen que fueron elegidos autocráticamente”. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, abril 23 de 1964.

82 “Reveló, además, que hubo mesas en donde no había un solo delegado del directorio municipal para atender a las gentes que querían votos oficialistas”. A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, marzo 17 de 1964.

83 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, mayo 8 de 1980.

84 A.H.M. Radioperiódico *Clarín*, marzo 12 de 1980.

4. Conclusiones: fraccionamiento, deterioro y persistencia del liberalismo

Como se ha mostrado hasta el momento, los roces en el Partido Liberal fueron frecuentes y, a partir de ellos, las reagrupaciones, los abandonos de una facción y la conformación de otras constituyeron la manera de operar de quienes integraban las expresiones locales del liberalismo. Los motivos aludidos para la división eran variados y a veces se entrecruzaban y recogían los argumentos de las grandes disidencias nacionales; en otras oportunidades expresaban el desacato y la inconformidad con la disposición de los órganos directivos, pero casi siempre podía leerse a través de ellos la competencia entre individuos por el reconocimiento y el dominio de factores de poder dentro de la organización.

A modo de conclusión quisiéramos ofrecer dos planteamientos que se derivan del examen que hemos hecho de las retóricas y remiten al uso de las estrategias de salida y voz. El período que estudiamos muestra que las disputas se escenificaban entre grupos y que la práctica consistía en *salirse* de una facción, cuidándose de no ser *excluido* del partido. Ello se debe, parcialmente, a que durante el FN operaba un fuerte incentivo del sistema político que impedía participar en elecciones por fuera del esquema bipartidista, al establecer como requisito para presentarse a los comicios el aval del liberalismo o del conservatismo. Por eso las disidencias que se presentaban como alternativas y eran críticas con el FN estaban formalmente inscritas en alguno los dos grandes bandos políticos. Esto facilitó, en todos los niveles de la organización, las maniobras de retorno al partido —es decir, a su oficialidad— de quienes tenían perspectivas de competir en elecciones de mayor importancia. A nivel local, cada facción que se creaba procuraba mantener idénticas conexiones con la DNL y reclamaba su reconocimiento, de tal manera que pudiera ostentarlo ante sus competidores. Los discursos más comunes en medio del fraccionamiento apelaban a ideas como acatamiento a las directivas, legitimidad y unidad del partido. Suponían que aceptar esos principios era condición para el buen desempeño de la organización, pero, de manera tozuda, cada cual se reclamaba como el vocero de la autoridad, la legitimidad y la unidad del liberalismo, con lo que esperaba que, de haber “principios de entendimiento”, fuera alrededor de su nombre.

Todas estas disputas que hemos descrito alimentaron la sensación de deterioro del partido, que se acrecentaba conforme pasaba el tiempo. No obstante, los desempeños en las elecciones eran relativamente satisfactorios, se mantenía el dominio de importantes espacios burocráticos y de gobierno, y la etiqueta que los representaba conservaba su valor incluso entre los sectores más críticos al interior del partido, que seguían pensando que éste era portador y representante de las

aspiraciones populares y progresistas.⁸⁵ Esto puede constituir la otra explicación de por qué era común anunciar el retiro no del partido, sino de aquellos sectores que se juzgaban responsables de la decadencia de éste.⁸⁶ Incluso, un movimiento como el Nuevo Liberalismo, que se planteó como “multipartidista”⁸⁷ y que se presentaba como la reacción ante la generalización de prácticas clientelistas, siempre reclamó su condición liberal, apelando al apoyo del “pueblo”: “[...] los liberales inconformes, los que están con el Nuevo Liberalismo, los que están con Antioquia Liberal por Galán, liberales que nadie esclaviza, que nadie amarra, que nadie somete, van a dar una gran sorpresa política en los resultados del 14 de marzo y el 30 de mayo”.⁸⁸ Los pronunciamientos de muchos críticos internos del partido mostraban que “ser liberal” podía constituir algo más que las prácticas de directorio; también podía asociarse con un programa de orientación progresista y popular.

85 Este es un discurso común que une a líderes y facciones muy disímiles: el MRL, el movimiento “progresista” de la segunda candidatura de Carlos Lleras, el movimiento de izquierda liberal y el Nuevo Liberalismo.

86 “Nosotros —dijo— hemos presentado unas banderas limpias, unas ejecutorias claras ante la opinión pública de Antioquia, y por eso quienes no gustan del clientelismo y de las prácticas manzanillas, sufragaron y votaron por nuestra tesis sin temor a la presión de las autoridades. Sabe el pueblo Liberal de Antioquia y de Medellín quiénes le han servido en el Concejo y en el Congreso de la República. Nuestras realizaciones están a la vista y al juicio de la opinión pública. Tenga usted la seguridad de que todas estas mujeres, juventudes y personas no contaminadas del clientelismo, que ve en nuestra sede y que acuden clamorosas a nuestro llamado en los municipios, no sufragarían, porque así lo han manifestado claramente, por las mal llamadas listas oficiales del directorio de don Jaime Henríquez y que preferirían abstenerse o votar por las fuerzas de la extrema izquierda o por las de derecha conservadora”. *El Mundo*. Medellín, febrero 6 de 1980, p. 11.

87 El multipartidismo era una estrategia para superar la condición de minoría dentro de una organización, pero también para captar el apoyo de sectores no partidistas o abstencionistas.

88 *El Mundo*. Medellín, marzo 6 de 1982, p. 6.